



GUERRA, pesadilla sin fin

RAFAEL PARDO RUEDA
Senador de la República

Acabar con la guerra presupone reconocer su presencia casi permanente en la historia nacional.

Hacienda Pizanquí, Ecuador, 31 de diciembre de 1863. Desordenadas filas de soldados ecuatorianos esperaban la señal de la llegada de un ilustre visitante con su comitiva para rendirle honores y no prestaron atención a un anciano que llegó solo, montando en un caballo ordinario, con unos gastados zamarros, de ruana de lana raída y sombrero de paja. En la casa de la hacienda estaba el general Flores, jefe militar del Ecuador. Esperaba al presidente de Colombia para firmar el tratado que pondría fin a la corta guerra que inició Ecuador entre los dos países. El anciano atravesó con paso lento las filas de soldados que ni lo miraron a su paso y se acercó al general Flores, quien al verlo le dio un efusivo abrazo. Era el general Tomás Cipriano de Mosquera, presidente de Colombia por tercera vez, quien había dirigido en persona las operaciones militares que batieron a las fuerzas ecuatorianas en Cuaspud y las obligaron a retirarse a su territorio.



Firmaron el Tratado de Paz y Amistad. Con este acuerdo terminaron las varias hostilidades que habían mantenido los dos países desde cuando se separaron en 1830. El tratado también, pondría fin a una carrera de cuarenta años de guerras del general Mosquera. Cuarenta años atrás Mosquera había acompañado a Bolívar, en 1821, en la campaña de independencia de Ecuador. Veinte años atrás, en la guerra contra el rebelde Obando, fuerzas ecuatorianas habían ingresado hasta Pasto por solicitud del gobierno colombiano para ayudar a contener la insurrección en el sur. Mosquera dirigió las tropas colombianas y Flores las ecuatorianas.

Mosquera había sido ayudante de Bolívar, fue jefe de operaciones militares en la guerra de los Supremos, fue presidente en 1846, retomó las armas, junto con José Hilario López, Pedro Alcántara Herrán y Joaquín París, para derrocar al golpista general José María Melo en 1854. En 1859 se alzó, desde el Cauca, contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez y ganó la única guerra civil en la que triunfaron los rebeldes. Fue presidente provisional, posteriormente fue electo tras la convención de Rionegro hasta cuando fue derrocado encarcelado y juzgado por los jóvenes radicales.

José María Obando, su alter ego, empezó su vida militar en las filas realistas en la independencia, se pasó a órdenes de Bolívar en la campaña del sur, fue fiel al general Santander, se alzó, junto con el general José Hilario López contra Urdaneta en 1839, fue presidente provisional mientras Santander asumía el poder; fue derrotado en las elecciones de 1838, se alzó contra el gobierno en 1839, se exiló en el Perú, encabezó las tropas para defender el gobierno liberal de López, en 1850, contra la rebelión de los conservadores Ospina y Borrero. Luego, convertido el ídolo popular, fue elegido por mayoría abrumadora presidente pero el general Melo, su jefe militar de Cundinamarca, dio un cuartelazo y Obando no fue claro en descalificar el golpe. Fue juzgado y condenado por el congreso cuando ya derrotado en su Popayán natal fue invitado por su enemigo de siempre, Mosquera, a rebelarse contra el gobierno. Acompañó a Mosquera en toda la campaña y en vísperas de entrar con las tropas victoriosas a la capital, fue alcanzado en Subachoque por una partida de tropas gubernamentales que lo emboscaron y asesinaron.

Son los caudillos más simbólicos de nuestras guerras posteriores a la independencia. Colombia tuvo continuamente, y desde antes de la segregación de la Gran Colombia, regularidad en la realización de elecciones de presidente y de congreso. Pero a pesar de la continuidad democrática los caudillos militares de la independencia dominaron la política por medio siglo y su eclipse final tampoco fue el final de las guerras. Otra generación haría también de la combinación de guerra y elecciones, la forma preferida de hacer política. Sergio Camargo, Manuel Briceño, Santos Acosta, Vargas Santos, Joaquín Trujillo, Marceliano Vélez, Leonardo Canal, Gaitán Obeso, comandarían ejércitos en campaña y partidos en elecciones. El triunfo de Núñez en la guerra de 1885 consolidó el estado nacional en 1886 pero tampoco

fue el fin de las guerras. Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera pasarían de las trincheras a las curules y Rafael Reyes al poder, con el final de la guerra de los mil días y de las guerras civiles.

Las guerras se reproducen, es difícil terminirlas del todo, siempre aparecen motivos para reiniciarlas y en el caso de las guerras del siglo XIX las pérdidas humanas, materiales y económicas fueron la ruina del país. La pugna entre liberales y conservadores fue el motivo de todas las guerras en el primer siglo de nuestra vida independiente. A veces fueron los partidos enfrentados y en otras ocasiones, fracciones de éstos quienes iniciaban las contiendas, pero siempre con motivaciones políticas que incitaban a la guerra. El triunfo de uno de los bandos, usualmente llevaba a ratificar sus posturas políticas a través de cambios constitucionales. Las mayorías en el congreso avalaban los resultados en los campos de batalla. No siempre terminaron las contiendas en amnistías o indultos, y cuando éstos se otorgaron, casi siempre tuvieron exclusiones y limitaciones. Las guerras dejaron resentimientos y fidelidades fuertes. Había vencedores y vencidos, quedaban, colombianos muertos, heridos, desarraigados, arruinados, que mantenían sus fervores y sus odios vigentes.

En el siglo XX la Violencia liberal-conservadora de los 50 incubó también la guerra revolucionaria que empezaría en los 70 y que hoy aún persiste. Quienes iniciaron las guerrillas en los 70 hacían parte de una ola internacional determinada por la guerra fría, que en todo el tercer mundo y en toda Latinoamérica, promovió guerrillas e insurrecciones. Colombia fue parte de esta ola, pero también, en el surgimiento de las guerrillas, se encontraron quienes habían vivido la Violencia de los 50. Quienes habían sido desplazados o habían perdido familiares o propiedades en el enfrentamiento campesino formaron parte de los incipientes grupos de revolucionarios que afloraron en varias zonas rurales del país.

No hubo en el tránsito entre violencia y guerra de guerrillas una continuidad en las causas que motivaron ir a la guerra, pero sí hubo resentimientos acumulados y, por sobre todo, una arraigada costumbre de acudir a las armas que hizo posible que las guerrillas encontrarán, además, de motivaciones ideológicas, a hombres y mujeres dispuestos a ir a una guerra.

La historia de la sociedad y del territorio que hoy es Colombia ha tenido el común denominador de las guerras. La primera parte del libro recorre la historia de la guerra en Colombia, cómo ella fue el fin de la historia de los pueblos nativos, entre ellos los chibchas, y cómo fue el principio de la historia de una nueva nación: las guerras de la conquista y de la colonia y, finalmente, la constitución de la República, que nació con una guerra de independencia que se extendió durante quince años y cubrió todas las provincias que componen el territorio nacional. En su tope de movilización, la guerra tuvo en filas a un hombre de cada cuatro familias. Posteriormente, la naciente República tuvo nueve guerras civiles generalizadas, de alcance nacional.

La separación, en 1830, de los tres países que conformaban la Gran Colombia generó una anarquía extendida que puede clasificarse como la primera contienda civil en el nacimiento de la República. La Guerra de los Supremos, entre 1840 y 1841, enfrentó a los partidarios del general Santander, bajo el mando del general Obando, contra el Gobierno de José Ignacio de Márquez, quien reunió de su lado a los partidarios del libertador. La guerra de 1851 opuso a los conservadores contra el régimen liberal de José Hilario López. La cuarta contienda fue contra la dictadura del general José María Melo en 1854. La única revolución triunfante en la historia colombiana fue la encabezada por el general Tomás Cipriano de Mosquera en 1860-61 contra el Gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez. La guerra de 1876-77 fue de los conservadores contra el Gobierno liberal radical. La de 1885, que determinó el fin del radicalismo y el nacimiento de la actual República, fue de los liberales radicales contra el presidente Núñez. La de 1895 fue de los liberales contra el Gobierno conservador y la de 1899 a 1902, llamada de los Mil Días fue también de los liberales contra el Gobierno conservador.

Pero, además, el país tuvo más de setenta guerras civiles parciales, golpes de cuartel y alzamientos locales en la primera centuria de vida independiente. Fue asolado en el siglo XX por veinte años de violencia política campesina, período conocido como «La Violencia», que para muchos fue una guerra civil no declarada. Ha tenido dos décadas con explosiones frecuentes de una guerra narcoterrosita y cumple, en los albores del siglo XXI, cuarenta años continuos de guerra revolucionaria.

El libro «**La historia de las Guerras**», trata sobre las causas de estas guerras y las formas como terminaron, sus más relevantes consecuencias sociales y políticas en la vida nacional, las fuerzas en contienda, las operaciones y acciones militares principales, son la materia de esta primera sección. En ella se pretende dar una doble visión sobre el papel de la guerra. La primera en el campo social y político, es decir, la exploración de objetivos, causas y motivaciones de las guerras, quiénes las hacen, quiénes las dirigen, cómo se financia y sostiene el esfuerzo bélico, qué organizaciones se adoptan y qué consecuencias tienen sobre la vida de la Nación. De otro lado, se busca también dar una mirada al aspecto operacional de las guerras: cómo se organizan las fuerzas, qué armamentos tienen, qué campañas fueron las principales y en qué geografía se desarrollaron.

Esta historia, en la que se profundiza la Colombia de la segunda mitad del siglo XX, intenta una caracterización de la guerra moderna, o de las guerras que se dan y se superponen en el país, su evolución, sus fuentes de financiación, sus principales contendientes y sus propósitos. La *guerra revolucionaria* que tuvo Colombia desde los 70 se ha transformado. El final de la *guerra fría* cambió la forma, los objetivos y el desarrollo de los conflictos internos en muchas partes del globo.

También esto ha ocurrido en Colombia, donde se desarrolla paralelamente una *guerra de nuevo tipo*, en la cual los civiles, y no los militares, son el objetivo de la acción armada; la economía de guerra depende de sectores globalizados, la violencia está fragmentada y descentralizada, en fin, una guerra que se ve y se transforma por televisión. La última parte de esta primera sección aborda los intentos por ponerle fin a la guerra moderna en Colombia. Se hace una revisión analítica sobre los principales procesos de paz en la Colombia reciente: los iniciados en los años 80, el de los años 89 y 90, y el adelantado entre 1998 y 2001.

La segunda sección trata sobre la guerra internacional. Enfrentó Colombia no menos de cinco incidentes con Ecuador en el siglo XIX. Uno de ellos, el ocurrido en 1863, puede ser catalogado propiamente como guerra. Con Perú tuvimos una guerra cuando formábamos parte de la Gran Colombia y otra entre 1932 y 1933. Y, finalmente, en 1950 Colombia hizo parte de una fuerza multinacional de Naciones Unidas en Corea, la primera acción de uso multilateral de la fuerza de esta

organización. Se examina también en esta sección el contexto americano de la guerra entre naciones, las concepciones jurídicas y políticas de la guerra, los debates sobre la no-intervención en asuntos internos de otros estados y el marco jurídico internacional sobre el uso de la fuerza.

En Colombia, que vive una guerra y ha tenido muchas en su historia, es importante tratar la guerra como un fenómeno social y político, no sólo por conocer la guerra misma, porque su mejor conocimiento es una contribución para entender su prevención que, en otras palabras, no es más que la paz, la cual requiere de tantos planes, preparativos, estudios y análisis como la guerra misma, pues sin conocer la guerra, sus causas, sus motivaciones, su desarrollo y su evolución, sería puramente casual poder construir una paz estable y duradera.

Por esto, tal vez el mejor aporte a la paz —a la paz concreta de la Colombia actual— sería estudiar la guerra, o las guerras, que hemos tenido, para así sacar conclusiones y planificar el final de la guerra y la posterior situación de paz.



Asistentes al I Congreso Nacional de Retrospectiva y Prospectiva del Ordenamiento Geopolítico Colombiano. Neiva, 13 de mayo de 2005.